

LA VENGANZA DE LA BRUJA - PALOMA

La Venganza de la Bruja - Paloma

Un Relato

H U M B E R T O B O C A N E G R A

Derechos de autor © 2026 Humberto Bocanegra
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso.

humbertob76@yahoo.com

La Venganza de la Bruja - Paloma



YO nací y crecí en un pueblito llamado Los Milagros en el estado de Jalisco. Los Milagros era más bien una hacienda, la cual había sido abandonada desde la época de la revolución. Sus dueños dejaron el lugar cuando los revolucionarios aparecieron en las cercanías. Los patrones se fueron a la capital, España o quien sabe para dónde. Lo que sí sé y me consta es que jamás regresaron a su hacienda. Mis padres y al igual que sus amigos, unos cien vecinos, permanecieron en el lugar después de la revolución. Pienso que fue por esto que Los Milagros no desapareció del todo, como les ocurrió a muchas haciendas.

El bullicio en las comunidades de Jalisco se encontraba en las inmediaciones en donde estaba ubicado el templo de la Iglesia Católica. Comúnmente se encontraba enfrente de una placita. Era alrededor de ésta última que los comerciantes establecían sus negocios. Era ahí, donde los vecinos contábamos con una panadería, una zapatería, un café y una tienda de abarrotes en nuestro pueblito. Estos comercios eran más que suficientes para cubrir las necesidades de los habitantes.

Aunque se encontraba alejado y casi olvidado del resto del mundo, Los Milagros ofrecía suficientes actividades y fiestas para mantener entretenidos a sus pobladores. Los vecinos eran nobles y amistosos, pienso que era el resultado de las muchas actividades sociales que promovía y mantenía la Iglesia, involucrando a la juventud del lugar. No había tiempo para meternos en líos con nadie, llevando una vida casi perfecta.

La escuela en donde recibí mi educación contaba con alumnos de casi todos los hogares en Los Milagros. La hija del panadero, Patricia, era una muchacha bastante bonita. Beatriz, la hija del zapatero, era alta y de cabello rubio. La hija del dueño del café se llamaba Zulema y era muy inteligente. Los dueños de la tienda de abarrotes tenían hijas gemelas, Ludivina y Lucila, unas morenas muy bellas. Ellas usaban el pelo largo y suelto. No cabe duda de que en este grupito se encontraban las mujeres más bellas de todo el estado de Jalisco. Respecto a los muchachos, el grupo lo complementaban Enrique, Fabián, Osvaldo y un servidor, Fernando.

Es innegable que en nuestra escuela había muchos alumnos, pero nosotros formábamos un círculo cerrado de amigos; lo que hoy por acá se conoce como "La Klika". En la escuela y en las fiestas donde se encontraba uno de nosotros, hallabas a todos. Manteníamos una buena armonía. Aunque a veces nos dábamos unos buenos agarrones, nuestra amistad siempre perduraba.

Tendríamos unos 17 años, cuándo estábamos en el último año de la prepa, entonces empezábamos a planear nuestras carreras y el futuro de nuestras vidas. Nos dimos cuenta por nuestras pláticas sobre la esperanza de la mayoría de las muchachas, de que tal vez un día, pudiesen casarse con Enrique. Él era mi mejor amigo, un muchacho bastante guapo, quién lucía una piel morena y una larga cabellera. Su sonrisa perfecta sobresalía de sus raros ojos cafés, como dos dulces de chocolate. Pienso que su mirada seducía a la mayoría de las chicas y que de ahí surgieron los problemas con Enrique. Él era el tipo de persona que le daba la mano a cualesquiera, sin importarle su estatus social. Si alguien requería apoyo de cualquier tipo, Enrique estaba listo y dispuesto a ayudar, pues era parte de su carácter.

Osvaldo, Fabián y yo éramos también personas dispuestas a dar ayuda al prójimo, pero el prójimo prefería el apoyo de Enrique, el guapo. Entre nosotros los muchachos no existían celos de nada, pero entiendo que entre las muchachas había molestias, cuando Enrique brindaba más su atención a una que a las otras, bueno eso opinaban ellas. Por ejemplo, en el caso de que Enrique auxiliara a Patricia con su tarea, las otras muchachas le decían que también a ellas les debía brindar su apoyo. Para que no se sintieran mal, él hacía lo posible por socorrerlas. Pobre Enrique, cuánto sufrió por apaciguar a tantas chicas bellas.

Era nuestro último semestre en la escuela, cuándo ingresó a nuestro salón una estudiante llamada Paloma, una muchacha bastante inteligente de pelo cortito y de tez blanca. Ella se distinguía por ser poquito gordita. Al principio en nuestro salón de clase, nadie le prestó atención. Cuando los maestros en las clases hacían preguntas, Paloma contestaba a todas con mucha facilidad. Esto sucedía todos los días. Nos considerábamos bastante inteligentes antes de que llegara Paloma. Cuando escuchábamos sus explicaciones y razonamientos en sus respuestas quedamos impresionados de su inteligencia. Después de unas semanas nada me sorprendía sobre Paloma, quien era bastante calladita e inteligente. Al contrario, mis amigas la llegaron a odiar. Esto no era por su intelecto, sino por qué Enrique empezó a pedirle ayuda a Paloma cuando no podía resolver las tareas.

Al principio las muchachas no decían nada cuando él le preguntaba a Paloma sobre cómo resolver algún problema de la tarea. Ella le explicaba simplemente con toda la facilidad del mundo. A Enrique le encantaba las aclaraciones que le hacía, por lo que pronto le pidió que estudiaran juntos después de clases. Las bellas amigas no podían entender lo que estaba pasando, por lo que pronto empezaron a mofarse de ella en el salón. Principalmente cuándo él se le acercaba para comentarle sobre alguna pregunta de las materias que cursaban. Los insultos eran indiscutibles.

—No te le acerques mucho porque te da una mordida.

—No le pidas mucha ayuda Enrique, se cobrará con la comida que le compres; quién sabe cuánto dinero te va a salir.

Las muchachas se reían mientras que Enrique les dirigía su mirada, dándoles a entender que no le gustaba su proceder, pero ellas continuaban con sus burlas. Después de varios días así, él le insinuó a Paloma que quizás sería mejor estudiar en otro lado. Ella le expresó que tal vez, la placita sería un mejor lugar, fue así como acordaron de verse para estudiar ahí.

Cuando las chicas se enteraron de los encuentros de Enrique y Paloma, no lograban entenderlo. ¿Cómo era posible que el muchacho más guapo del pueblo citara en la placita a la gordita? Después que las amigas se juntaron y platicaron sobre esto que estaba pasando, concluyeron que ella había embrujado a Enrique. No existía otra explicación, Paloma la gorda, era una bruja.

Corrieron los rumores que había una bruja en Los Milagros. En el pueblito se preguntaban quién podría ser, hasta que supieron que era la muchacha gordita llamada Paloma. Ella vivía por un caminito en el monte, hacia las afueras del pueblo. De por sí nadie visitaba ese paraje, menos después cuando se enteraron de que había una casita de adobe que era la morada de una bruja.

Enrique hacía lo imposible por ignorar los rumores, pero era obvio que le molestaban, hasta un día me preguntó qué sabía de ellos.

—¡Oye Fernando!, ¿cuál es tu opinión sobre esos rumores que dicen sobre Paloma, de qué sea una bruja?

—Pues, para qué les haces caso. Bien sabes que las muchachas están celosas, porque no pláticas con ellas desde que apareció Paloma.

—No es cierto, platico con ellas seguido. Son ellas las que se burlan cuando conversamos Paloma y yo. Le dicen cada cosa que me hacen sentir mal por ella. Nunca les responde para defenderse.

—Mira, haz el esfuerzo por hablar con las chicas. Explícales que es una muchacha recatada, ellas deben de entender.

—Bien, lo haré y platicaré con mis amigas como antes. Tal vez puedo hacerlas entender que Paloma es una persona noble.

Así fue como Enrique de nuevo empezó a cruzar palabras con Patricia, Beatriz, Zulema, Ludivina y Lucila. Sus esfuerzos por acusar a Paloma de Bruja rindieron fruto cuando vieron que Enrique les hacía caso. Todavía guardaban esperanzas de que él algún día se fijase en una de ellas. Aheleaban tener la suerte de poder una de ellas casarse con él y ser felices en el pueblito Los Milagros.

El tiempo transcurría demasiado despacio, faltando un mes para que finalizara la escuela. Los maestros nos encargaban bastante tarea, por lo que no sobraba tiempo. Todo era puro estudio. Las muchachas se rotaban para que Enrique les ayudara con sus tareas. Él ya no tenía tiempo para conversar con Paloma. Sus amigas le reclamaban su atención para convivir con él a solas, buscaba cada una de ellas ser elegida para casarse con él.

Al concluir el semestre, Enrique jamás volvió a ver a Paloma. Los amigos empezamos a vernos más seguido en la placita, cuando se acabó la escuela, como lo hacíamos anteriormente. Pronto yo estaba trabajando en la tienda de abarrotes. Aunque no ganaba mucho dinero me casé con Lucila. Aunque Enrique era muy guapo, ella me confesó que no trataría de competir con su hermana para quitárselo. Me dijo también que yo le había gustado desde niña. Salimos en varias ocasiones durante un año, antes de nuestro casamiento y de construir nuestra casita en Los Milagros.

Las otras chicas continuaron saliendo con Enrique. Ludivina se cansó de esperar y resultó casándose con Fabián, mi otro buen amigo. Trabajábamos juntos en la tienda de abarrotes, recibiendo buena paga para vivir cómodos en la orilla del pueblito. Osvaldo terminó viviendo en el D.F., mientras que Enrique permanecía soltero en Los Milagros. Patricia, Beatriz y Zulema guardaban aún la esperanza de casarse algún día con él.

Enrique mantuvo siempre su nobleza y caballerosidad. Me preguntaban las muchachas a quién de ellas preferiría Enrique.

—¿Por qué no me hablas sobre lo que Enrique dice de mí? —me preguntaba Patricia.

—¿Sabes tú a quién de nosotras quiere Enrique? —también me preguntaba Beatriz.

—No sé cómo decirlo, pero siento que Enrique me adora, pero su orgullo le obliga a no expresarlo —me comentó Zulema.

Yo no tenía idea sobre los intereses y preferencias que tenía Enrique sobre las muchachas. Lo único que sabía era que pensaba ahorrar suficiente dinero para poder irse algún día a Monterrey, en donde estudiaría ingeniería en la universidad. Desconocía si algún día él pensaba casarse con alguna de las amigas o solo quería estudiar para evadir a nuestro pueblito. Mi única certeza era que festejando a veces se le pasaban las copas y entonces no se comportaba muy bien. Una noche se quedó tan borracho, que al día siguiente se sentía bastante mal y pensaba que se iba a morir.

Por supuesto que no murió, pero el susto de esa borrachera lo hizo reflexionar sobre las personas y cosas que hubiera dejado atrás. Me visitó para pedirme disculpas por no haberme frecuentado más seguido.

—Fíjate Fernando, nunca en mi vida me había sentido tan mal. No pensaba que una borrachera me hiciera sentirme indispuerto al día siguiente. Creí que moriría. No lo vuelvo hacer, no vuelvo a tomar así. Al sentir que moría, pensé en ti, pero no me lo vas a creer también me acordé de Paloma.

Quedé sorprendido cuando me dijo esto.

—¿Cómo fue que pensaste en Paloma? Tenemos más de un año que no la vemos, desde que terminamos la escuela.

—Nunca le platiqué a nadie, pero a Paloma la extraño mucho. Siempre nos tratamos con todo el respeto del mundo. De repente dejé de hablarle como si me hubiese hecho algo mal, pero nunca fue así.

—¿Y sólo por eso te acordaste de ella?

—No Fernando, fíjate que su madrecita falleció hace un mes y nunca fui a darle el pésame.

—¿Y cómo te enteraste de eso? ¿Quién te habló de su fallecimiento?

—Zulema hizo un comentario sobre la muerte de la mamá de la bruja. Supe entonces que estaba hablando de Paloma. Me dio mucha rabia, pero no dije nada. En ese momento quería estar al lado de Paloma y me sentí muy mal.

—Mira, porque no visitas a Paloma y le pides disculpas por no haber estado presente cuando falleció su mamá. Explícale que no te habías enterado de su fallecimiento y le das el pésame, pues es la verdad. No pienso que esté enojada contigo. Tal vez sea una buena oportunidad para reestablecer tu amistad con ella.

—Tienes razón. Voy a ir hoy mismo y espero que no esté disgustada conmigo.

Así fue como Enrique se animó a visitar la casita humilde de Paloma en la orilla del pueblito llamado Los Milagros.

Enrique se detuvo enfrente de la casita pensando qué le diría a Paloma. Aunque ella había sido muy linda con él, de todas maneras, le había dejado de hablar sin tener una razón aparente. No sabía qué le iba a decir cuando la viera. Permaneció afuera de la casa con un ramo de rosas, algo le impedía tocar en la puerta de la casita. Cuando finalmente levantó la mano sintió timidez y pensó mejor retirarse. Dio la vuelta para regresar cuando Paloma abrió la puerta. Le pareció interesante porque ella se veía diferente, convertida en una mujer muy bonita.

Paloma había perdido mucho peso y lucía una cabellera bastante larga, mientras que sus ojos seguían siendo muy amorosos. No tenía una gota de maldad en su mirada, continuaba siendo una persona buena y cariñosa. Sonrió cuando miró a Enrique.

—¡Qué alegría verte Enrique! ¿Qué haces por aquí?

Enrique no sabía que decir. Quedó hipnotizado con el impresionante cambio de Paloma, permaneciendo mudo en ese momento. Levantó el ramo de rosas y se lo ofreció a ella, recibéndolo con una sonrisa.

—¡Muchas gracias! ¡Qué ramo tan bonito! Dime algo, habla Enrique, habla.

—Me di cuenta que había fallecido tu mamá y quería darte el pésame.

—¿Qué lindo eres? Pero ¿sabes qué ya tiene más de un mes que falleció?

—Sí, pero me enteré hasta hace unos días y me sentí muy mal por no haber venido antes.

Paloma decidió invitarlo al jardín que se encontraba en la parte trasera de la casa.

—Mira, ¿para qué permanecemos aquí? Cuando podemos platicar tranquilamente en el patio posterior de mi casa.

Los dos caminaron hacia la parte trasera de la casa y se sentaron en unas banquitas que estaban ahí. Enrique no encontraba palabras para disculparse con Paloma por haberse alejado por tanto tiempo. Decidió que era mejor conversar de cosas triviales.

—Has cambiado mucho y te ves muy bien.

—Gracias, tú también te ves bastante bien. ¿Cómo has estado? ¿Ya te casaste?

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Tú siempre has sido muy guapo. Sabes, todas las muchachas en la escuela estaban locas por ti.

Pensaba que alguna de ellas ya te había conquistado.

—No, para nada. No es así. Sigo soltero y creo que así me voy a quedar.

Habían pasado unos cuantos minutos y ya parecía que nunca se habían dejado de hablar. Platicaron por horas, acordando verse de nuevo al siguiente día. Resultó que Paloma vivía sola en la casita que le había dejado su mamacita. Enrique estaba impresionado en la forma que Paloma mantenía organizado y limpio el lugar. Enrique se dio cuenta que pasaba todo su tiempo cuidando la casita, asegurándose que nada estuviera fuera de lugar.

Alrededor de la casa el zacate se encontraba bien cortado, igualmente lucían podadas las plantas. Había rosas y todo tipo de flores que uno pudiese imaginar. Paloma le platicó a Enrique que su madre le había enseñado a apreciar la naturaleza. Aprendió a distinguir las yerbas y plantas de la región. Esto le ayudó a cuidar su salud y a perder todo el peso que le había causado anteriormente tanta pena y dolor. Su conocimiento sobre plantas era bastante extenso. Esto era obvio para Enrique, pues ella había sido muy inteligente en la escuela. Paloma creó un paraíso fantástico y tranquilo detrás de la casita en la orilla de nuestro pueblito. Los árboles estaban llenos de nidos de pájaros

atractivos de todos colores, incluyendo algunos que Enrique jamás había visto en su vida.

Dentro de la propiedad que abarcaba cerca de una hectárea, Paloma cosechaba verduras y todo tipo de árboles frutales. Ella en realidad no tenía la necesidad de comprar mandado en el pueblo. En su jardín crecía tomate, cebolla, lechuga, maíz, cilantro, papa, ciruelo, uva y manzana. Enrique se dio cuenta que su opinión sobre ella estaba equivocada, pues era una mujer linda con mucho talento y nobleza. Ella se encontraba sobre cualquier muchacha que hubiese conocido.

Antes de despedirse, Enrique le comentó que se sentía cansado, por lo que Paloma le preparó un té que afirmó le regresaría la energía rápidamente. Se lo tomó y antes de llegar a su casa, él ya se sentía mejor. Quedó maravillado en lo que se había convertido aquella muchacha. No se imaginó que después de tantos tropiezos podía reestablecer su amistad y conversar con ella como si el tiempo no hubiese transcurrido. Todo había sido tan real que Enrique quedó contento con su renovada amistad con Paloma.

Una semana después de su reencuentro, el amigo Enrique vino a visitarme, a contarme lo que le había sucedido con las otras muchachas. Claro que se enojaron, pues les platicó sobre la reunión con Paloma. Cuando les contó sobre el brebaje energético que le preparó, más se enfurecieron. Le reclamaron enfadadas, ¿cómo era posible de haber bebido un trago preparado por una bruja? Por más que les aseguraba y recalaba sobre la sencillez y la nobleza de la muchacha, ellas más aferradas afirmaban que era una bruja y que lo había hechizado con la bebida.

Decidió mejor ignorarlas y respetar su albedrío. Me dijo que iba a ver a Paloma, asegurándome que sólo la estimaba como a una amiga.

—Fíjate, pasé un rato muy agradable con ella la última vez que la vi. Su inteligencia y sabiduría sobre muchas cosas, en especial sobre la naturaleza, me cautiva. La amistad de esta increíble mujer vale la pena cuidarla y definitivamente no ignorarla como lo hice anteriormente.

Después que se despidió, Enrique pasó el resto de ese día con Paloma y no lo vi hasta dos semanas más tarde. Patricia, Beatriz, y Zulema me pidieron que lo buscara y que lo cuidara, porque su vida podría estar en peligro en las manos de esa bruja. Ya no les presté atención. Un mes más tarde me encontré con Enrique, él platicó como había aprendido bastante de Paloma sobre el uso de plantas medicinales. Lo encontré contento, con mucha más energía que cuando se reunía con las otras chicas.

Me mantuve bastante ocupado durante ese año y el siguiente, pues la tienda donde trabajaba creció al doble de tamaño. Durante ese tiempo casualmente me topé con Enrique una o dos veces. Nuestras amigas Patricia,

Beatriz y Zulema se la pasaron festejando durante todo ese lapso de tiempo. A menos de un año después cuando las volví a ver, las tres ya habían cambiado mucho físicamente. Debido a lo que comían y bebían aumentaron mucho de peso, pero no parecía que les importara. Me dio algo de tristeza, se la pasaban de fiesta en fiesta, semana tras semana.

Fue un sábado que paseaba por la placita con mi esposa Lucila, cuando nos encontramos con Enrique y Paloma. Nos saludamos y platicamos casi por una hora, ahí frente a la Iglesia. Ellos lucían bastante bien, no había duda que cuidaban su salud. Platicaron que eran novios y que pronto se casarían. Prometieron invitarnos a su boda y sentí mucho gusto por los dos. Mi esposa me comentó sobre lo bonito que se veía Paloma.

Momentos después que se despidieron llegaron a la placita Patricia, Beatriz y Zulema. Comentaron que divisaron a Enrique con la bruja. No entendían lo que Enrique veía en ella.

—Qué mujer tan horrible —comentó una de ellas.

—Parece un palo seco que se lo va a llevar el viento —apuntó otra.

—De veras, no sé qué le ve a esa flaca, —dijo la tercera.

Las tres amigas caminaron hacia el centro de la placita, llevando en la mano cada una de ellas una torta gigantesca y un refresco enorme. Al alejarse de ahí Enrique y Paloma, las muchachas criticaban a Enrique.

—¡Pobre Enrique! ¿Qué no puede ver o se hace el ciego?

—¿Cómo puede ver? Si lo tiene ya bien embrujado.

— Ya cayó en la trampa de la bruja. ¡Pobre Enrique!

Lucila me miró y ambos sonreímos. La leyenda de la bruja continuaba...

— *fin* —